

Luna de Sangre

Marina Rodríguez y Daniel G. Domínguez

Me encuentro en una noche oscura, con lluvia. Pasa por mi mente un campo de trigo, lleno de espigas muy altas, como si llevarsen mucho tiempo sin segarse. A pesar de la oscuridad, hay luna llena.

Voy camino a casa en un taxi que huele a tabaco de pipa. El sabroso olor de la carne cruda, un puesto de sushi y steak tartar en la acera, bajo una farola. Me hace necesitar el sabor metálico de la sangre fresca, así que me muerdo una uña hasta que brota de mi propia piel.

Tengo dinero, mucho dinero. Nunca devuelvo las llamadas.

Soy despiadado. Me dan igual las cadenas perpetuas y las vidas ajenas.

Tengo un ático enormemente lujoso en la Quinta Avenida, donde escucho el eco de mis propios pasos.

Tengo treinta y tres años. Esta noche se me presenta como una revelación religiosa.

La transformación es dolorosa y cruel. Me hace gritar de dolor, en este espacio lleno de acústica, mientras intento observarme en un espejo veneciano las horribles garras, que me destrozan la cara manicura.

¿Por qué yo? ¿Será acaso un castigo por todos los malos tratos llevados a cabo a lo largo de los años de mi profesión?

El pelaje de la espalda es oscuro y me hace daño. Miro un instante mi reflejo completo en el espejo del vestidor circular.

Huelo carne. Quiero carne.

Salgo trotando del ático, con la boca haciéndoseme agua. Mi vecina quiere entrar a su apartamento tras un largo y caótico día de trabajo. Siempre quise saborear su cuerpo, pero no precisamente de la forma que mi otro yo quiere hacerlo.

No tarda en venirme a la mente imágenes de desgarros en la ropa. De sangre salpicándolo todo, formando caprichosos dibujos cual Pollock. De carne rompiéndose a cada zarpaço. A cada dentellada.

Mi boca inundándose de delicioso sabor.

Es curioso como en este estado cambian los papeles; de día el Ser Humano se impone a La Bestia, a sus instintos más básicos, mientras esta, atenta en las profundidades del subconsciente, ayuda a la otra parte. Más aún en mi profesión... De noche, cuando la luna llena surge por el horizonte La Bestia se abre paso entre la carne, devorando e inundando todo a su paso, mientras el Ser Humano se retrae al subconsciente, apenas activo, dándole todo el control a ella, pasando a ser casi un mero espectador, limitado a guiarle por la ciudad.

Encojo mis patas traseras para coger impulso, dispuesto a lanzarme en una carrera frenética de cincuenta metros hasta su puerta.

Hasta su delicioso cuerpo.

Un leve gruñido de satisfacción sale de mi garganta. Procede tanto de La Bestia como del Ser Humano.

Aún no me ha visto ni oído, a pesar de mi profundo jadeo. No encuentra sus llaves. Hoy la cena va a ser comida rápida, y además, casi a domicilio.

* * *

«¡Menudo puto día! Como si no hubiera sido suficiente aguantar a todos esos chupatintas de la empresa, ahora no tengo ni idea de dónde coño he puesto las llaves... ¿a que me las he dejado en la taquilla?»

Pensó, mientras seguía rebuscando. Un rugido extraño llegó a sus oídos.

«Lo que me faltaba... Laia, se te está yendo la olla.»

Suspiró y vació el contenido del bolso en el suelo. Le hubiera sido más fácil encender la luz de la escalera, pero siempre le encantó la luz nocturna de la ciudad que entraba por la ventana, esa noche especialmente acompañada por la luna llena. Al agacharse ya no daba la espalda al rellano, por lo que gracias a su visión periférica pudo verlo. Justo antes de que empezase a correr hacia ella.

Era su vecino, el del sexto, El Abogado Sin Escrúpulos.

— ¿En serio, Alan? ¿No se te ocurre otra forma de intentar ligar conmigo que aparecer desnudo en el rellano? — La risa no tardó en explotar desde lo más profundo de su ser.

Allí estaba, ridiculizado a más no poder, desnudo por completo, con el pelo engominado y oliendo a perfume caro intentando avanzar rápido, pero el cuerpo humano no está preparado para correr a cuatro patas. Laia reía a cada paso que daba con el culo en pompa intentando no perder el equilibrio.

Sin embargo, estaba cada vez más cerca.

La risa fue tornándose en una sonrisa, para luego desaparecer por completo. Tres metros. Dos metros. Un metro. Alan se incorporó y se abalanzó sobre ella, con las manos en garra y la boca abierta, dejando entrever su dentadura perfecta y blanqueada, llena de saliva resbalándose por la comisura de los labios.

Laia levantó el brazo con el puño cerrado, impactando en el último momento en el rostro del abogado. Este fue despedido a gran velocidad contra la pared, cayendo semi-

inconsciente al suelo, desprendiendo un pequeño trozo de yeso dejando entrever un par de ladrillos resquebrajados.

«La gente de esta ciudad está como una puta cabra...» Pensó con una nueva sonrisa en el rostro.

Se acercó al cuerpo de Alan, este se movía despacio intentando incorporarse, con la mirada perdida en el vacío. Ella se agachó a su lado, agarró con una sola mano su cuello y lo levantó. Obligó a que su cabeza girase hacia un lado y con el cuello al descubierto hundió los colmillos en la yugular. Su piel cuidada, blanda, sin vello corporal, no opuso resistencia; la sangre brotó a borbotones inundándole la boca, la garganta y el estómago. El abogado comenzó a convulsionar, para poco a poco, ir perdiendo fuerza hasta quedar lacio, casi sin vida.

Laia vislumbró algo en el suelo que brilló a la luz de la luna. ¡Sus llaves! Apartó la boca del cuello, tapó las dos incisiones con dos dedos que hicieron crujir algún hueso que otro, las recogió y abrió la puerta del apartamento. Le encantaba esa sangre de más que normalmente tienen los hombres... era como tomar el postre. Fuera la luna llena se tintaba de rojo. El eclipse lunar llegaba al apogeo, trayendo consigo la Luna de Sangre.

Cerró la puerta tras de sí, se sentó en su amado sofá y se dispuso a deleitar el último sorbo.

No todos los días recibía comida rápida.

Y menos aún a domicilio.